

GORRIONES

Veinte minutos después de cesar la lluvia, llegaron los primeros visitantes al café jardín. Eran dos mujeres de edad con un sonriente perro labrador que parecían sentirse como en casa, pues ellas se dirigieron directamente a una mesa del fondo y el perro se aposentó sobre una franja de césped sin que nadie se lo mandase. Las mujeres enderezaron las sillas, que estaban inclinadas contra la mesa para protegerlas de la lluvia. Una de ellas colgó el paraguas del respaldo antes de sentarse, y empezó a sacar paquetes de comida de una bolsa. La otra se dirigió al interior del local y cuando apareció de nuevo llevaba una pequeña jarra de café con dos tazas. Tras asegurarse de que la jarra pequeña bastaría para las dos, se comieron los emparedados con aire imparcial y contemplativo, exento de todo sentimiento de culpa.

En toda la zona norte de Londres la gente estaba diciendo en aquellos momentos: «Ha parado de llover. Vamos al parque Heath». Y salían ya a pasear por el sendero desde el que se domina el lago Kenwood, se sentaban en los bancos por si salía el sol y bajaban las escaleras hacia el café cubierto. Pero ¿dónde estaba el sol? Se escondía huraño tras montañas de nubes negras y de vez en cuando se desplazaba suavemente hasta sus bordes, tiñendo hierba y árboles de un amarillo prometedor y provocativo, pero luego volvía a replegarse.

Del edificio salieron unos jóvenes con bandejas llenas a rebosar de refrescos, café y tarta. Juntaron dos mesas y se sentaron indolentemente. Su ropa, elegante y llamativa, y el pelo, de todos los colores, creaban un ambiente festivo. Su porte perezoso y disgustado, de estudiado gesto, hizo levantar las cejas a una de las frugales damas y

exclamar en un susurro: «Hay gente que no sabe la suerte que tiene. ¿No te parece, querida?».

Un joven alto y pálido, con el pelo del color de la paja y aspecto de bailarín clásico, apareció en la puerta de la cocina. Era todo bostezos y somnolencia, pero al ponerse un delantal de franjas blancas y azules su imagen se convirtió en la de un servicial camarero. Reconocía su campo de operaciones, dudando entre enderezar las sillas o secar las mesas que tenían un charquito de agua encima. Tras lanzar una mirada intencionada al cielo amenazador, decidió no preocuparse por nada.

Las dos ancianas echaban pedacitos de emparedado a los gorriones que se arremolinaban a sus pies, cubrían los respaldos de las sillas e incluso se aventuraban a posarse sobre su mesa. Al fondo del jardín, no demasiado visible, un letrero decía: AVISO DE SANIDAD PÚBLICA. POR MOTIVOS DE HIGIENE, ABSTÉNGANSE DE dar comida a LOS pájaros. El camarero se encogió de hombros y desapareció.

Del interior salieron tres personas casi eclipsadas por las bandejas repletas que llevaban, y cuando las dejaron sobre la mesa aparecieron tres japoneses: una pareja joven vestida con elegantes monos de seda negra, y la madre de uno de los dos. También ella iba demasiado bien arreglada para un lugar como aquél, con ropa de «diseño», joyas y todo lo demás. Acercaron una mesa a la que habían elegido para sentarse, en medio del lugar, para dejar todo lo que llevaban y también todo lo que les traía en una bandeja otro camarero. Y como aquel aparador aún no les bastaba, acercaron otra mesa y la cubrieron de comida. Se disponían a atacar el típico desayuno inglés completo: porciones de pastel de nata, bollos con mantequilla y mermelada, otros tipos

de tarta, bandejas de ensalada y pollo, y también café, Coca-Cola y zumo de fruta.

El camarero, un joven originario de algún lugar del Mediterráneo, moreno, ágil y guapo, contemplaba el festín incrédulo y admirado. «¿Japoneses? ¡Que aproveche!» Tras demorarse unos instantes, finalmente levantó las cejas en señal de muda exclamación y se marchó. Los gorriones, cuando se acabaron las atenciones que les dispensaban las dos pensionistas, se desplazaron en bandada en busca de nuevas posibilidades. La madre japonesa soltó gritos de airada indignación y mientras con una mano se embutía comida y su cara, profusamente maquillada, se veía afeada por la irritación y la gula, con la otra daba manotazos en el aire para espantar a los gorriones como si fueran moscas.

Los adolescentes dieron muestras de que les molestaba verse obligados a presenciar el espectáculo desde tan cerca, y se levantaron majestuosamente para ir a sentarse unas mesas más allá. No se molestaron en coger toda la comida, y la mesa abandonada quedó cubierta de patatas fritas y cacahuetes. Los gorriones se lanzaron sobre aquel festín, procedentes de los árboles, del tejado, de todas partes. La matrona japonesa hizo un comentario despectivo en voz alta, pero sus hijos no le hicieron caso y siguieron comiendo como si se les hubiera privado de alimento durante varias semanas.

Las dos ancianas contemplaban la escena, como incapaces de apartar los ojos de ella. Su desaprobación por los adolescentes había sido ritual, casi indulgente, pero su expresión revelaba algo totalmente distinto. Una de ellas bajó una mano temblorosa y dio una palmada a la cabeza del enorme perro.

«Así me gusta, buen chico», le dijo con una voz triste. Un gorrión se acercó demasiado a la matrona japonesa y ésta soltó un grito. Otro camarero se

asomó a la puerta de la cocina y observó la escena con aspecto de general. Era un muchacho bajito y regordete, con el pelo como un cepillo, de aspecto pulcro y aseado, que sin ninguna duda estaba destinado a dirigir su propia empresa, o por lo menos un departamento, al cabo de, como máximo, cinco años. Se acercó con pasos decididos y levantó bandadas de gorriones con enérgicos movimientos de brazos, como si hiciera gimnasia. Dedicó una sonrisa de asentimiento a los japoneses y regresó a la cocina. Los gorriones volvieron al cabo de un momento.

Llegó una pareja de mediana edad, ambos radiantes de salud y de crema solar, cada uno con una austera taza de café en la mano. Era evidente que acababan de regresar de vacaciones de algún lugar bendecido por el sol, y ahora podían permitirse el lujo de sonreír donde el astro se escondía tras un montón de nubarrones que cubrían medio cielo. Colocaron las tazas en la mesa a ambos lados de un pequeño charco de lluvia y se sentaron en el borde de la silla, como dejando bien claro que estaban a punto de vencer las distancias del parque con paso vivo y aplicado.

La pareja de mediana edad que llegaba ahora no podía ser más distinta. Subieron los escalones cautelosamente y avanzaron mirando con atención dónde ponían sus zapatos bien lustrados. Cada uno llevaba una bandeja con té y un solo bollo con mantequilla. Eligieron una mesa al fondo, cerca de la estrecha franja de hierba.

Detrás de ellos había un alto muro de ladrillo con una misteriosa puerta, siempre cerrada, como la del Jardín Secreto. La mujer empezó a servirse el té, sonriente mientras contemplaba al perro labrador, luego las hileras de arbustos y árboles que tenía a su derecha, con todas las tonalidades de un verde intenso y exuberante, después a la izquierda, hacia las copas de los

árboles que asomaban por encima de la palizada, y finalmente miró con aprobación el largo y esbelto edificio, un ala de Kenwood House, que en otros tiempos albergó las cocheras y las habitaciones de la servidumbre y que ahora se estaba llenando rápidamente de gente que tomaba el desayuno, el té, el almuerzo. Las ventanas abiertas del piso superior sugerían las vidas interesantes y satisfactorias que se desarrollaban en su interior, y en el tejado, largo y bajo, pájaros de todo tipo, pero sobre todo gorriones y palomas, llevaban a cabo sus no menos interesantes asuntos. Contempló con especial atención a los gorriones que se amontonaban en un árbol que había detrás de ella, interesada por lo que les acontecería a continuación. Su esposo se inclinó para dar buena cuenta del bollo con el ademán nervioso y urgente del hombre que está acostumbrado a ocuparse de lo que tiene delante, a despacharlo en seguida, y luego se pregunta por qué se ha apresurado tanto.

Un gorrión bajó volando de un árbol y se posó en el respaldo inclinado de la silla que había junto a la mujer, quien cuidadosamente le acercó unas migas.

—Pero Hilda, ¿qué haces? —la reconvino el marido con un tono de voz bajo, impaciente y malhumorado—. ¿No ves que está prohibido? —Y volvió la cabeza para asegurarse de que el letrero de Sanidad Pública seguía allí.

—Menuda tontería —replicó ella serenamente mientras sonreía a un gorrión. Él le dirigió una mirada feroz, mientras se llevaba un pedazo de bollo a la boca, con la mirada frustrada de quien sabe que no controla ninguna situación. Luego, cuando el gorrión empezó a aletear descaradamente hacia su mano, se apresuró a meterse el pedazo de bollo en la boca, lo tragó y dijo: «Son capaces de quitarte la comida de la boca».

Hilda enderezó con suavidad la silla que tenía a su lado, y luego la otra. En seguida descendieron los gorriones a posarse en los respaldos. Depositó una

miga junto a ella y aguardó. Un gorrión experimentado, que llevaba ya muchos veranos, un flaco pájaro de caza, de color gris con manchas chocolate y negras, se lanzó en picado, lo arrebató y volvió al tejado de la cochera, perseguido por otros dos.

En el respaldo de la silla que había junto a la mujer había tres gorriones observando, el uno junto a otro.

—Mira, Alfred —dijo—. Son crías. Fíjate, aún les queda un poco de plumón.

Tenían las comisuras del pico amarillas y un aire cándido y pulcro, recién forjado. Las plumas, de un gris castaño, relucían. El hombre los contemplaba con una mirada de aprensión que resultaba claramente excesiva.

Visto desde lejos, parecía más joven de lo que era, ágil y de mediana edad, limpio, bien peinado y pulcro, pero de cerca se advertían las migas que se le habían caído sobre el jersey y una mancha de té reciente en la corbata. Tenía una mirada gris y vacía. Su esposa, una mujer entrada en carnes, estaba sentada muy cerca de él, y todo en ella revelaba que dominaba la situación: las manos contenidas y hábiles, el pelo suavemente ondulado, la ropa en su lugar. Si no era mucho más joven que él, por lo menos esto es lo que parecía.

Echó unas migajas a los tres pájaros y el más oscuro titubeó, se lanzó en picado y se llevó una. El segundo luchó unos momentos consigo mismo, abandonó el respaldo de la silla pero cuando ya se acercaba a la miga, su objetivo, le entró el pánico y con un aleteo formó un remolino en el aire y volvió al respaldo de la silla.

—Vamos, tú también —le animó la mujer. Pero el pajarito seguía quieto, observando, totalmente ajeno a la situación.

Un gorrión distinto se posó entre las migas y empezó a picotear con toda celeridad. Era más viejo, y sus plumas ya no tenían el aspecto tierno y joven. El

pequeño dio un saltito hasta la mesa, se encogió, esponjó las plumas hasta convertirse en una bola suave y abrió el pico.

—¿Qué le pasa? —inquirió el hombre con tono asustado—. Estará enfermo.

—No, no —le tranquilizó su mujer—. Mira.

El pájaro más viejo respondió inmediatamente a los movimientos del pequeño y empezó a meterle migas en la boca abierta. Y así prosiguieron, la cría pidiendo, como si se hallara aún en el nido, y el padre alimentándole. Pero de pronto un gorrión bandido descendió en picado. Papá gorrión le recibió a picotazos y los dos se alejaron hacia el tejado a seguir su pelea. El pequeño, abandonado, dejó de encoger y extender las plumas. Cerró el pico, regresó al respaldo de la silla y volvió a adoptar su postura de bebé afable.

—Pero si ya es mayor —dijo el hombre, lleno de resentimiento—. Ya es mayor y aún espera que le alimenten los padres.

—Probablemente ayer aún estaba en el nido —replicó ella—. Probablemente es el primer día que se enfrenta a este mundo malvado.

—¿Por qué no se consigue la comida él solo, entonces? Si los padres le han sacado del nido, debería arreglárselas solo.

La mujer volvió la cabeza para dirigirle una mirada cautelosa, abandonó luego aquella inspección como si temiera la reacción del hombre, y se puso un trocito de bollo en la mano mientras observaba la bandada de gorriones que en aquel momento saqueaban las bandejas y los platos vacíos del trío de japoneses. La madre se quejaba de los pájaros en voz alta. Sus hijos la tranquilizaron e hicieron señas al indolente camarero de melena pajiza, que acudió con toda la calma, apiló las bandejas y se las llevó, privando así a los gorriones de su merienda. Levantaron el vuelo y la cría de gorrión se fue con ellos.

El pequeño café jardín se llenaba de gente. El sol asomaba de nuevo entre las nubes y la mitad del cielo era de un azul intenso. La pareja atlética se alejó con pasos enérgicos. El joven japonés entró de nuevo en el edificio, quién sabe si dispuesto a hacerse con más comida. Las dos ancianas seguían sentadas, a pesar de que un camarero había retirado la jarra del café y los dos platos vacíos.

El perro yacía con la barbilla apoyada sobre la hierba y observaba un gorrión que daba saltitos a pocos pasos de él.

La cría de gorrión regresó sola y se posó en el respaldo.

—Mira, ha vuelto —exclamó con ternura la mujer—. Es la cría.

—¿Cómo sabes que es la misma?

—¿Es que no lo ves?

—Para mí todos son iguales.

Sin replicar, ella empezó el juego de empujar las migas cuidadosamente, cada vez más cerca, de modo que el gorrión se sintiera tentado sin llegar a asustarse.

—Supongo que espera que venga su padre a alimentarle —dijo él con un gruñido que ella, a juzgar por su aspecto alerta pero cauto, estaba esperando.

—O tal vez a su madre —respondió seca, irónica, aunque tan pronto lo hubo dicho, lamentó su tono de voz, pues él espetó con voz potente: «Aquí sentado, esperando a que nosotros le...».

—Mira, papá, ya te lo he dicho esta mañana —intervino ella con cautela—. Si no quieres hacerlo, no lo hagas.

—Me lo estarías recordando toda la vida, ¿verdad?

Ella no respondió, pero se inclinó suavemente para acercarse a una miga al gorrión.

—Y luego, si no lo hiciera, supongo que ella volvería a casa esperando que la sirviéramos como criados, que le pagáramos la comida...

Contó hasta diez antes de replicar:

—Por eso quiere marcharse y buscar un piso para ella sola.

—A nuestras expensas.

—El dinero no sirve para nada en el banco.

—Vamos a suponer que lo necesitamos para algo, para hacer reformas en la casa... el coche ya empieza a estar viejo...

La mujer suspiró involuntariamente.

—Ya te he dicho que si ves las cosas de esta manera, será mejor que no lo hagas. Pero no son más que 10.000 libras. No es mucho para empezar a independizarse. Es un buen negocio, tú mismo lo dijiste. Por lo menos tendrá algo suyo, aunque tenga que compartirlo.

—No veo que tengamos otra salida. O se queda en casa y los tenemos que alimentar, a ella, a sus amigos y a toda la pandilla, o tenemos que pagar para que se vaya.

—Tiene veintiún años —dijo la madre, de pronto fatigada por la irritación, con la voz tensa y débil—. Ya es hora de que hagamos algo por ella.

La oyó, y estaba a punto de rendirse, pero antes añadió:

—Legalmente ya es mayor de edad, ¿no es así? Es una adulta, no una niña.

La mujer no replicó.

Apareció el joven japonés con otra bandeja más, llena de montones de pastelitos con nata y mermelada, y más café. No bien la hubo depositado ante su esposa (¿novia? ¿hermana?) y su madre (¿suegra?), los tres se inclinaron hacia delante y empezaron a devorar como si participasen en un concurso.

—No les falta nada de lo esencial —refunfuñó.

Aquella vieja voz malhumorada estaba al borde de la senilidad. Pronto tendría que hacerle de enfermera. Algo así debía de estar pensando mientras sonreía, sonreía al pájaro.

—Vamos —le susurró—. No es tan difícil.

Y entonces... la cría se plantó sobre la mesa de un brinco con los ojos redondos y fijos en ella, cogió torpemente una miga y se la tragó.

—Probablemente es la primera vez que lo hace solo —murmuró con los ojos llenos de lágrimas—. Pobrecito...

El pequeño gorrión picoteaba a modo de prueba. Luego empezó a coger confianza y empezó a comer tan vorazmente como sus mayores las migas que la mujer le iba acercando. Cuando hubo limpiado completamente la superficie de la mesa, se marchó, convertido ya en adulto.

—¡Qué maravilla! —dijo—. Es conmovedor. Probablemente esta mañana estaba aún en el nido y ahora... —Y se rio con los ojos llenos de lágrimas.

Él la miraba. Por primera vez desde que se habían sentado en esta mesa había abandonado su cárcel egoísta y la veía de verdad.

Pero no la veía tal como era ahora, sino como había sido en otros tiempos. Un recuerdo...

—Es un pájaro muy bonito —dijo, y cuando ella oyó aquella voz del pasado, y no el gimoteo casi senil, se volvió y le sonrió ampliamente.

—¡Qué maravilla! —dijo ella vibrando de emoción—. Me gusta este lugar. Me gusta... —Y finalmente había salido el sol, inundando de verano el verde jardín y haciendo resplandecer y sonreír los rostros de la gente.

Doris Lessing, *Historias de Londres: cuentos y apuntes*.